

MIS ULTIMOS RECUERDOS

DON TOMAS DIJO...

POR MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Yo no puedo hablar de don Tomás Martín Gil con engolamiento protocolario, manejando tópicos, que, bueno es confesarlo, tienen su encaje con perfecta justeza en esta triste realidad. Decir que «las Letras extremeñas están de luto» o que «Extremadura ha perdido uno de sus más sólidos valores», es decir algo cierto; pero no es ponerse al nivel sencillo y humano que don Tomás merece. Yo quiero hablar de él humanamente y mirando hacia lo histórico.

La Historia—ante todo, la historia de Extremadura—fué el hilo que tejió nuestra amistad. Horas y horas, en su despacho o en el mío, charlamos los dos solos del pasado heroico de nuestra comarca. Otras veces las charlas se deslizaban dentro del automóvil, compartidas por nuestro inseparable don Miguel Angel Orti Belmonte, mientras cruzábamos las pardas tierras forjadoras de una raza de titanes, camino de cualquier viejo rincón extremeño, en pos de un descubrimiento arqueológico o de los infolios de empolvado archivo. Pero tampoco de la Historia—con mayúscula—quiero ocuparme hoy, sino de la historia pequeña, de unos pocos recuerdos íntimos: del final de la historia de nuestra amistad terrena.

Pocos días antes de su muerte ví por última vez al buen amigo. Fuí a visitarle—cosa que hacía con frecuencia—acompañado de Pepe Canal y Jesús Delgado Valhondo. La conversación versó sobre la revista ALCÁNTARA, y durante ella don Tomás dijo algo que nunca olvidaré, por la deferencia que para mí suponía.

Hablábamos de los interesantes trabajos que iba a publicar en la citada revista el Capitán farmacéutico don Juan Jarillo, relativo uno de ellos a la obtención de caucho, extraído de cierta planta que se cría espontáneamente en nuestros campos. Don Tomás, cuya cultura botánica era vastísima, tomó la palabra y nos fué diciendo de qué especie arbórea se trataba, cómo podía obtenerse tal producto y cómo él obtuvo ya, pensando al hacer tales experimentos en abrir horizontes de posibilidades al futuro extremeño.

—«Pero en esto—terminó, dirigiéndose a Canal y Delgado—nadie me hacía caso; fué preciso que me encontrase con este señor—señalaba hacia mí—para que alguien pudiera comprenderme».

Sentí una sensación tan profunda que me fué imposible desplegar los labios. Era una mezcla de alegría grande y de pena inmensa: alegría, por aquella prueba de afecto; pena, por constarme que nuestra amistad en este mundo tocaba su fin, que de aquel lecho en que yacía y desde el que nos habló don Tomás no iba a volver a levantarse.

Canal se puso en pie. Todos hicimos lo mismo, iniciando la despedida. —«Bueno—dijo don Tomás a Pepe y Jesús—, si ustedes tienen prisa, márchense; pero don Miguel se queda un rato más aquí, para que me cuente algunas cosas».

Volví a sentarme, mientras los otros amigos se alejaban.

A solas los dos, como tantas otras veces, la Historia fué nuestro tema. Yo hablaba, hablaba sin cesar, para que don Tomás no se fatigase tomando la palabra. Le puse al corriente de todos mis trabajos y actividades. El me interrumpía de vez en cuando con una pregunta o con una observación. ¡Lo extremeño, siempre lo extremeño dentro de su alma! Como yo citase a los tres Padres Jerónimos enviados en 1516 por el Cardenal Cisneros a gobernar las Indias, don Tomás dijo:

—«No pierda usted de vista que uno de esos tres Padres era de Coria».

Al rozar alguna vez mi charla la resistencia ibérica contra el poderío de Roma, don Tomás intervino, diciendo:

—«Hay que buscar esas lápidas de Viriato; su campaña postrera y su muerte fué en Extremadura: la Valencia a que se retiran los restos de su ejército, es Valencia de Alcántara».

La conversación se había prolongado mucho. Temiendo fatigarle, me despedí, estrechando—¡por última vez!—su mano. Cuando ya iba a cruzar la puerta, don Tomás me dijo:

—«En usted confío para que salga pronto la revista; no me deje usted a estos muchachos de ALCÁNTARA».

Fué esta la última palabra que oí de sus labios, palabra que aún flota en mi cerebro y en mi corazón: Alcántara. ¡Qué adiós más perfecto, para una amistad honda, fundida en anhelos de amor a la historia extremeña! Alcántara: el puente de los romanos y la cruz verde de los Caballeros de Cristo, las luchas contra la morisma y los castillos de las encomiendas, el Maestre Solís y el Clavero Monroy, el Comendador Ovando que abre rutas imperiales a los conquistadores y los doctos Freires que enseñan luminosos caminos al pensamiento, la pujanza guerrera de la Raza y el misticismo sublimado de San Pedro... ¡¡Alcántara: toda la historia de Extremadura!!